PECADO Y PERDÓN

A LA LUZ DE LA HISTORIA DE DAVID (II)

San Pablo, en su famoso discurso ante la comunidad judía de Antioquía, afirma a propósito de David: Dios «suscitó como rey a David, en favor del cual dio testimonio, diciendo: Encontré a David, hijo de Jesé, ***hombre conforme a mi corazón***, que cumplirá todos mis preceptos. Según lo prometido, Dios sacó de su descendencia un salvador para Israel: Jesús.» (Hch 13, 22-23) Las palabras de apóstol se hacían eco de lo afirmado en el AT. En efecto, Samuel dijo a Saúl, para anunciarle que Dios le había retirado su confianza: «Has sido un insensato. No has guardado el mandato que el Señor, tu Dios, te había ordenado. Por ello, aunque el Señor había establecido para siempre tu realeza sobre Israel, esta ya no se mantendrá en pie. ***El Señor se ha buscado un hombre según su corazón*** y le ha nombrado jefe sobre su pueblo, porque no has cumplido lo que te ordenó el Señor». (1 Sam 13,13-14) Evocando la elección de David, el salmista canta:

> ***Encontré a David, mi siervo, y lo he ungido con óleo sagrado; para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo haga valeroso***. No lo engañará el enemigo ni los malvados lo humillarán. Ante él desharé a sus adversarios y heriré a los que lo odian. ***Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán***, por mi nombre crecerá su poder: extenderé su izquierda hasta el mar, y su derecha hasta el Gran Río. Él me invocará: "Tú eres mi padre, mi Dios, mi Roca salvadora"; y lo nombraré mi primogénito, excelso entre los reyes de la tierra. ***Le mantendré eternamente mi favor, y mi alianza con él será estable***. Le daré una posteridad perpetua y un trono duradero como el cielo. ***Si sus hijos abandonan mi ley y no siguen mis mandamientos, si profanan mis preceptos y no guardan mis mandatos, castigaré con la vara sus pecados y a latigazos sus culpas. Pero no les retiraré mi favor, no violaré mi alianza ni cambiaré mis promesas***. Una vez juré por mi santidad no faltar a mi palabra con David: "Su linaje será perpetuo, y su trono como el sol en mi presencia, se mantendrá siempre como la luna: testigo fiel en el cielo"». Tú, encolerizado con tu Ungido, lo has rechazado y desechado; has roto la alianza con tu siervo y has profanado hasta el suelo su corona; has derribado sus murallas y derrocado sus fortalezas; todo viandante lo saquea, y es la burla de sus vecinos. (Sal 89,21-42)

David es presentado como ***el ungido de Dios***. Y como tal es recordado por la fe de Israel. De la descendencia de David, nació el Mesías anunciado por Isaías. «Brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Lo inspirará el temor del Señor.» (Is 11, 1-3) En efecto, así lo atestiguan los evangelios: de la descendencia de David nació Jesús en Belén de Judá.

Que David, al decir de la fe de Israel, fuera un hombre según el corazón del Señor y ungido por él, con el que estableció una alianza perpetua, merece ser meditado con atención. Nos ayuda a comprender el sentido del pecado del rey y el perdón divino, tal como se pone de manifiesto en la historia del siervo de Dios. El salmista se queja de la situación del pueblo y de los descendientes del rey como consecuencia de sus pecados y de los de sus descendientes. Con el nacimiento de Jesús en Belén se ha cumplido la esperanza anunciada por el profeta a cerca de la misión del Mesías de la estirpe de David:

> No juzgará por apariencias ni sentenciará de oídas; juzgará a los pobres con justicia, sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra; pero golpeará al violento con la vara de su boca, y con el soplo de sus labios hará morir al malvado. La justicia será ceñidor de su cintura, y la lealtad, cinturón de sus caderas. Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos: un muchacho será su pastor. La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león como el buey, comerá paja. El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente, y el recién destetado extiende la mano hacia la madriguera del áspid. Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país del conocimiento del Señor, | como las aguas colman el mar. Aquel día, la raíz de Jesé será

elevada como enseña de los pueblos: se volverán hacia ella las naciones y será gloriosa su morada. (Is 11, 3-10)

La historia de David, que vamos a contemplar brevemente, nos desvela unas de las raíces fundamentales del pecado. Nos fijaremos en tres pasajes significativos de su vida. Queremos ahondar en la raíces del pecado y el sentido del perdón divino. Dios toma siempre la iniciativa, para conducir a David a la conversión y penitencia. Seguiré el orden en que aparecen los textos en el segundo libro de Samuel. El primero nos servirá de introducción y también de colofón para sacar algunas consecuencias prácticas.

I.- DIOS EDIFICA LA CASA DE DAVID

> Cuando el rey se asentó en su casa y el Señor le hubo dado reposo de todos sus enemigos de alrededor, dijo al profeta Natán: «Mira, yo habito en una casa de cedro, mientras el Arca de Dios habita en una tienda». Natán dijo al rey: «Ve y haz lo que desea tu corazón, pues el Señor está contigo».
>
> Aquella noche vino esta palabra del Señor a Natán: «Ve y habla a mi siervo David: "Así dice el Señor. ¿Tú me vas a construir una casa para morada mía? ***Desde el día en que hice subir de Egipto a los hijos de Israel hasta hoy, yo no he habitado en casa alguna, sino que he estado peregrinando de acá para allá, bajo una tienda como morada***. ***Durante todo el tiempo que he peregrinado con todos los hijos de Israel***, ¿acaso me dirigí a alguno de los jueces a los que encargué pastorear a mi pueblo Israel, diciéndoles: 'Por qué no me construís una casa de cedro?'".
>
> Pues bien, di a mi siervo David: "Así dice el Señor del universo. Yo te tomé del pastizal, de andar tras el rebaño, para que fueras jefe de mi pueblo Israel. He estado a tu lado por donde quiera que has ido, he suprimido a todos tus enemigos ante ti y te he hecho tan famoso como los grandes de la tierra. Dispondré un lugar para mi pueblo Israel y lo plantaré para que resida en él sin que lo inquieten, ni le hagan más daño los malvados, como antaño, cuando nombraba jueces sobre mi pueblo Israel. A ti te he dado reposo de todos tus enemigos. Pues bien, ***el Señor te anuncia que te va a edificar una casa***. En efecto, cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, ***yo suscitaré descendencia tuya después de ti***. Al que salga de tus entrañas le afirmaré su reino. Será él quien construya una casa a mi nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo. Si obra mal, yo lo castigaré con vara y con golpes de hombres. Pero no apartaré de él mi benevolencia, como la aparté de Saúl, al que alejé de mi presencia. ***Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmes ante mí, tu trono durará para siempre***"». (2Sam 7, 1-16)

David, a fin de celebrar los triunfos que Dios le ha concedido sobre sus enemigos, junto con la paz y prosperidad dada al pueblo, decidió en su interior edificar una casa la Señor. Comparte su idea con Natán, el profeta, y éste, hablando por su cuenta, sin haber consultado antes con el Señor, apoya la iniciativa del rey. «Ve y haz lo que desea tu corazón, pues el Señor está contigo». Tanto la iniciativa de David como la respuesta de Natán parecen razonables, incluso loables a los ojos de la razón religiosa. Y esto nos sucede en nuestras vidas con alguna frecuencia. Queremos honrar a Dios, pero según nuestros criterios humanos. No hay necesariamente en ello mala voluntad; pero sí falta de discernimiento. ¡Empecemos por escuchar!

Lo que han acordado el «ungido de Dios» y «el profeta» no se adecua con el deseo y plan de Dios. Estamos ante una cuestión importante. Samuel dijo a Saúl de parte del Señor: obediencia y no sacrificio es lo que agrada a Dios. En la noche, el Señor se dirige a Natán y le dice lo que debe comunicar al rey David en su nombre. Detrás de la iniciativa de David se esconde una tentación muy sutil. Se presenta bajo especie de bien. Es preciso conocer lo que agrada a Dios y no imponerle nuestro deseo, aun cuando sea noble y bueno. Meditemos esto bien, si queremos vivir del don de Dios y cultivarlo de forma adecuada. Dios no necesita de una casa. Ni el cielo y la tierra pueden contenerlo. Escuchemos y meditemos las palabras que el Señor dirige al rey por medio del profeta.

Dios ha peregrinado de un lugar para otro, tomando siempre la iniciativa y guiando al pueblo. La propuesta de David de circunscribir la presencia de Dios a una morada, hechura de hombre, no agrada al Señor de cielo y tierra. Él no necesita de nosotros, somos nosotros los que necesitamos de Dios.

Detrás de las palabras del Señor al profeta Natán se plantea una cuestión capital. El ser humano debe ser muy consciente de la dinámica propia de la fe. Ella debe prevalecer sobre la religiosidad que anima al hombre. La fe afirma, ante todo, la iniciativa graciosa de Dios en la vida del pueblo de Israel y de David, el ungido. En la perspectiva religiosa, la propia de los sacrificios, prevalece el deseo del hombre, para honrar y poner a Dios de su parte. La historia de Abel y Caín recuerda que no todo sacrificio agrada a Dios. Los profetas hablan del sacrificio del corazón. El salmo canta (David, según la tradición, era su autor):

> Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. Los sacrificios no te satisfacen si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. El sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú, oh Dios, tú no lo desprecias. Señor, por tu bondad, favorece a Sión, reconstruye las murallas de Jerusalén: entonces aceptarás los sacrificios rituales, ofrendas y holocaustos, sobre tu altar se inmolarán novillos. (Sal 51, 17-21)

El sacrificio agrada a Dios en la medida que brota de un corazón que camina en la obediencia y dependencia de Dios. Esto conviene notarlo, pues de otra forma se corre el peligro de avanzar, aun cuando sea con buena voluntad, en dirección opuesta al «beneplácito» del Señor. Lo que le agrada a él no son casas o sacrificios, sino caminar en la fe, como lo hiciera Abrahán, el padre de los creyentes. Por fe engendró al hijo de la promesa y por fe estuvo dispuesto a sacrificarlo. La alianza de la promesa reclama la obediencia de la fe. Esto nos cuesta mucho entenderlo. Por la fe el patriarca «salió sin saber adónde iba». (Heb 11, 8)

El profeta Natán comunica las palabras del Señor y el rey las acoge con humildad, reconocimiento y fe. Esto es lo que significa ser una persona según el corazón de Dios. David renuncia a su proyecto y se sitúa como siervo obediente al Señor. Así agrada al Señor. También Natán, el profeta, debió realizar su proceso de conversión. Había hablado en nombre propio y no en el de Dios. En efecto, había apoyado el plan de David con estas palabras:«Ve y haz lo que desea tu corazón, pues el Señor está contigo». Ahora bien, lo que desea el corazón del hombre, aun cuando sea bueno y noble, no es necesariamente lo que agrada a Dios. La raíz del pecado crece cuando actuamos desde nuestro deseo, en lugar de hacerlo desde la escucha de Dios. El deseo religioso, si no está evangelizado, va minando nuestra dependencia de Dios; y corremos el riesgo de que nuestro pensamiento no corresponda con el de Dios. Aprendamos a caminar en la oscuridad propia de la fe. El pensamiento del hombre y de Dios no siempre coinciden. ¡El profeta y el apóstol deben empezar por escuchar! ¡Escucha, Israel!

David tenía buen corazón y aceptó la decisión divina. Renunció a su proyecto, pero trabajó para que su hijo Salomón construyese la morada de Dios de acuerdo con el designio divino. Es interesante releer las últimas palabras de la consagración del templo construido por Salomón. En ellas encontramos el sentido del verdadero culto que debe tributarse a Dios en el Templo, lugar de su presencia, cercanía y justicia. Los corazones del pueblo han de estar enteramente vueltos a Dios y caminar en su alianza. ¡Magnífico!

> Que estas palabras mías con las que he suplicado ante el Señor permanezcan cercanas al Señor, nuestro Dios, día y noche, para que haga justicia a su siervo y a su pueblo Israel, según las necesidades de cada día, para que todos los pueblos de la tierra reconozcan que el Señor es Dios y no hay otro, ***y vuestros corazones estén enteramente con el Señor, nuestro Dios, marchando según sus decretos y guardando sus mandatos como en este día***. (cf. 1Re 8, 1-61)

Por el momento cerramos aquí nuestra reflexión, al final del recorrido volveremos al texto de 2S 7, para fijarnos en la oración de David, después que Natán le comunicó la palabra del Señor. Es una magnífica oración de la que debemos aprender mucho, si queremos vivir y entender bien el sentido de la súplica.

II.- EL PECADO COMO MENOSPRECIO DE DIOS

El capítulo once del segundo libro de Samuel narra el grave pecado de David: el adulterio de David con Betsabé y el crimen de Urías, su esposo, para tapar lo sucedido. La narración de los hechos criminales del rey concluye con estas palabras: La mujer de Urías supo que había muerto su marido, e hizo duelo por él. «Cuando acabó el duelo, David envió a por ella y la recogió en su casa como esposa suya. Ella le dio un hijo. Mas lo que había hecho David desagradó al Señor.» (2Sam 11, 1-27) Estamos ante un abuso claro de poder, pero también de apertura hacia un futuro sorprendente. En la genealogía de Jesús, leemos: «David, de la mujer de Urías, engendró a Salomón». (Mt 1, 6)

David quiso ocultar el hecho ante el pueblo; pero no puede hacerlo a los ojos del Señor. Dios irrumpe, una vez más, en la vida de David por medio de la palabra de Natán. David ha actuado en la oscuridad. Dios lo hará a la luz. He aquí el texto a meditar:

> El Señor envió a Natán a ver a David y, llegado a su presencia, le dijo: «Había dos hombres en una ciudad, uno rico y el otro pobre. El rico tenía muchas ovejas y vacas. El pobre, en cambio, no tenía más que una cordera pequeña que había comprado. La alimentaba y la criaba con él y con sus hijos. Ella comía de su pan, bebía de su copa y reposaba en su regazo; era para él como una hija. Llegó un peregrino a casa del rico, y no quiso coger una de sus ovejas o de sus vacas y preparar el banquete para el hombre que había llegado a su casa, sino que cogió la cordera del pobre y la aderezó para el hombre que había llegado a su casa».
>
> ***La cólera de David*** se encendió contra aquel hombre y replicó a Natán: «Vive el Señor que el hombre que ha hecho tal cosa es reo de muerte. Resarcirá cuatro veces la cordera, por haber obrado así y por no haber tenido compasión». Entonces Natán dijo a David: «***Tú eres ese hombre***. Así dice el Señor, Dios de Israel: "Yo te ungí rey de Israel y te libré de la mano de Saúl. Te entregué la casa de tu señor, puse a sus mujeres en tus brazos, y te di la casa de Israel y de Judá. Y, por si fuera poco, te añadiré mucho más. ¿***Por qué has despreciado la palabra del Señor, haciendo lo que le desagrada***? Hiciste morir a espada a Urías el hitita, y *te apropiaste de su mujer como esposa tuya*, después de haberlo matado por la espada de los amonitas. Pues bien, *la espada no se apartará de tu casa jamás*, ***por haberme despreciado*** y haber tomado como esposa a la mujer de Urías, el hitita" Así dice el Señor: "Yo voy a traer la desgracia sobre ti, desde tu propia casa. Cogeré a tus mujeres ante tus ojos y las entregaré a otro, que se acostará con ellas a la luz misma del sol. ***Tú has obrado a escondidas. Yo, en cambio, haré esto a la vista de todo Israel y a la luz del sol***"».
>
> David respondió a Natán: «***He pecado contra el Señor***». Y Natán le dijo: «***También el Señor ha perdonado tu pecado. No morirás. Ahora bien, por haber despreciado al Señor con esa acción, el hijo que te va a nacer morirá sin remedio***». (2Sam 12, 1-14)

David actuó a escondidas y pretendió, por todos los medios, limpiar su imagen ante el pueblo. Esto nos muestra dos aspectos muy significativos del rey. No parece tener conciencia de pecado, aun cuando sabe que no ha actuado de modo justo. ¡He aquí un hombre según el corazón de Dios! ¡Paradoja!

No obstante David conservaba todavía un agudo sentido de la justicia. Ante «la historia» que le cuenta Natán, ***reacciona como un juez equitativo***. Todavía es capaz de distinguir lo justo y lo injusto. Pero actuó como si Dios no contase. No parece que hubiera comprendido que la injusticia radica, ante todo, en desagradar y despreciar a Dios. David se ha comportado como «el señor de la vida y la muerte» y no como «siervo» del Señor para servir al pueblo. Insisto. Se puede tener conciencia de actuar mal y no de pecado.

Dios manda a Natán, para que David tome conciencia de su pecado. Esto es muy significativo. Sin la iniciativa divina, el hombre no adquiere una verdadera conciencia del pecado, que está a su puerta, que lo codicia, pero que puede dominarlo. ***El pecado es menosprecio de Dios***. David actuó como dueño déspota y no como siervo del Señor al servicio del pueblo. El Catecismo de la Iglesia Católica enseña:

> El pecado es una ofensa a Dios: "Contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces" (*Sal* 51, 6). El pecado se levanta contra el amor que Dios nos tiene y aparta de Él nuestros corazones. Como el

primer pecado, es una desobediencia, una rebelión contra Dios por el deseo de hacerse "como dioses", pretendiendo conocer y determinar el bien y el mal (*Gn* 3, 5). ***El pecado es así "amor de sí hasta el desprecio de Dios"*** (San Agustín, *De civitate Dei*, 14, 28). Por esta exaltación orgullosa de sí, el pecado es diametralmente opuesto a la obediencia de Jesús que realiza la salvación (cf *Flp* 2, 6-9). (N. 1850)

David, ante la revelación de Dios, reconoce su injusta actuación disponiendo de la mujer de Urías y decretando la muerte de éste. Su pecado era contra el Señor que lo había puesto al frente de su pueblo como siervo y no como «déspota». El pecado es ruptura de la relación justa que el Señor quiere que mantengamos con el hermano de acuerdo con lo que él ha ha prescrito. «¡Amor de sí hasta el desprecio de Dios!».

David reconoce su pecado. «He pecado contra el Señor». Y el profeta le responde: «También el Señor ha perdonado tu pecado». ***El Señor denuncia y perdona, incluso antes que el pecador haya tomado conciencia de su pecado***. El Señor detesta el pecado, pero no deja de amar al pecador. En cuanto éste reconoce su pecado, actúa ya en él la misericordia divina, esto es, el amor divino o, si se quiere, el agua viva que brota de la cruz y purifica del pecado. La obediencia de Jesús realiza la salvación. Quien tiene miedo a Dios no ha comprendido que Dios es amor, agapé, que el Hijo ha sido enviado para buscar y salvar al pecador.

Dios ofrece el perdón de forma gratuita, al tiempo que enseña cómo la acción injusta llevada a cabo por el pecador tiene consecuencias en la historia de la humanidad. David lo sabe y hace, como lo muestra el resto del texto, penitencia para evitar, si es posible, que se cumpliese el veredicto de Dios. Después de la muerte del hijo nacido del pecado con Betsabé, a quien había tomado como esposa tras la muerte de Urías, David consuela a Betsabé y de ella nace Salomón, el rey pacífico, pero no menos pecador que su padre David.

Insisto. Esta historia se halla presente en la genealogía de Jesús, el Salvador. Así se pone de relieve que el Hijo fue enviado en una carne semejante a la del pecado (cf. Rom 8, 1ss). «Jesé engendró a David, el rey. David, de la mujer de Urías, engendró a Salomón.» (Mt 1, 6) A veces nos cuesta entender a Dios, pues no actúa como los puritanos y maniqueos de turno, a quienes les gustaría suprimir la libertad de los hombres. Dios revela su fidelidad y amor en nuestra infidelidad y pecado. Es preciso meditar, contemplar, ponderar y sacar. El Señor lleva a cabo su obra evangelizadora con pecadores confesos y arrepentidos. «***He pecado contra el Señor***»

III.- EL REY ASUME SU CULPA Y LA PESTE CESA (2Sam 24; 1Cro 21)

A continuación, vamos a meditar un tercer texto también muy significativo, pero todavía más complicado para nuestra mentalidad. Con él se cierra el segundo libro de Samuel. El relato comienza con una afirmación que luego es reinterpretada por otro relato de la misma Biblia. Las Escrituras releen sin cesar la historia de Dios con la humanidad libre, débil y limitada. Pongamos en paralelo estos dos textos de la Escritura:

Se encendió, una vez más, la cólera del Señor contra Israel e indujo a David contra ellos: «Anda, haz el censo de Israel y Judá». El rey mandó entonces a Joab, jefe del ejército, que estaba a su lado (2Sam 24,1-2)	Satán se alzó contra Israel e instigó a David a hacer un censo de Israel. David ordenó a Joab y a los jefes del ejército: (1Cro 21, 1-2)

Los textos que meditamos se escriben en una cultura muy diferente a la nuestra. La peste, en aquel momento cultural, era vista como castigo de Dios. «Su difusión rápida e incontenible, su ejecución sumaria y sin distinción de edades o personas, unido a la ignorancia de sus causas y proceso, envolvían a la peste en un aura numinosa. Era una fuerza demoniaca o un verdugo al servicio del Dios misterioso. "La peste que se desliza en las tinieblas, la epidemia que devasta a mediodía" (Sal 91, 6)». Solo Dios puede parar la peste. No había vacunas y las comunicaciones eran diferentes a las nuestras.

Hoy la ciencia explica el origen de la peste y ofrece medios para combatirla. Para nosotros lo importante es comprender lo que el relato bíblico quiere revelarnos de fondo sobre el pecado.

El segundo libro de Samuel habla del pecado del rey, de la muerte que desencadena su pecado y de cómo Dios hace cesar la peste. Meditemos estos tres momentos.

1.- El pecado de David

> El rey mandó entonces a Joab, jefe del ejército, que estaba a su lado: «Recorre todas las tribus de Israel, desde Dan a Berseba, y haz el censo del pueblo, para que sepa su número». Joab le respondió: «Que el Señor, tu Dios, multiplique al pueblo por cien y lo puedan ver los ojos del rey, mi señor. Pero ¿para qué desea tal cosa el rey, mi señor?». La palabra del rey prevaleció sobre Joab y los jefes del ejército y salieron de la presencia del rey para censar al pueblo de Israel. Atravesaron el Jordán y acamparon en Aroer, al sur de la ciudad que hay en medio del valle de Gad, hacia Yazer. Llegaron a Galaad y a los territorios de Tajtin y Jodsí. Llegaron a Dan y de allí dieron la vuelta hacia Sidón. Llegaron a la ciudadela de Tiro y a todas las ciudades hivitas y cananeas. Y después salieron hacia el Negueb de Judá, hacia Berseba. Recorrieron todo el país, y llegaron a Jerusalén al cabo de nueve meses y veinte días. Joab entregó al rey el número del censo del pueblo: Israel contaba con ochocientos mil guerreros, que podían empuñar la espada y Judá con quinientos mil hombres. (2Sam 24, 1-9)

David inducido, por su afán de dominio y poder, diríamos hoy, impone su voluntad sobre la opinión de sus consejeros. Quiere saber con cuantos hombres cuenta. Decide como si fuera el dueño de pueblo. Él, que lo ha recibido todo del Señor. David es un siervo, pero se comporta como el señor de la guerra, como un déspota. Es como si se apropiase de lo que el Señor ha realizado en su favor. David no escucha. Ha olvidado que el pueblo es de Dios y su misión es conducirlo en la verdad, justicia y libertad. Y esto sucede, con frecuencia, en el nivel que cada uno se halla. David quiere saber de cuántos hombres dispone, en lugar de dar gracias y servir a los que el Señor le ha dado. ¡Dios no necesita de legiones, para llevar a cabo sus planes! David en lugar de confiar en el Señor, se apoya en los hombres. Más tarde, el profeta Jeremías denunciará a los que se apoyan en los hombres y no ponen su confianza en el Señor.

El rey, en lugar de atender la sabía reflexión de Joab y del resto de los jefes del ejercito, impone su deseo de poder y dominio. No es lo mismo actuar con conciencia de siervo que de amo y señor. El rey es el siervo de Dios, puesto al servicio de su pueblo. Y esto es verdad en todos los niveles de la convivencia humana. La castidad, esto es, la integridad abarca la entera existencia. Esto no siempre se tiene en cuenta. No se es casto cuando se quiere imponer y disponer de los demás. ¡La autoridad es servicio! ¡Siervo de los siervos!

El primer libro de las crónicas nos permite comprender en qué consiste el pecado de David. Lo hace desarrollando el pensamiento de Joab: «Multiplique el Señor a su pueblo cien veces más de lo que es. ¿Oh rey, mi señor, acaso no son todos siervos de mi señor? ¿Por qué pide esto mi señor? ¿Por qué acarrear una culpa sobre Israel?». Y el autor sagrado explica: «Dios lo desaprobó y castigó a Israel.» (1Cro 21, 3.7) El pecado del rey repercute en el pueblo del Señor. El pecado de uno repercute en el resto del pueblo. Demos un paso más y contemplemos la reacción de David después de realizado el censo.

2.- La conversión de David

> Pero después, David sintió remordimiento por haber hecho el censo del pueblo. Y dijo al Señor: «***He pecado gravemente por lo que he hecho. Ahora, Señor, perdona la falta de tu siervo, que ha obrado tan neciamente***». Al levantarse David por la mañana, el profeta Gad, vidente de David, recibió esta palabra del Señor: «Ve y di a David: así dice el Señor. "Tres cosas te propongo. Elige una de ellas y la realizaré"». Gad fue a ver a David y le notificó: «¿Prefieres que vengan siete años de hambre en tu país, o que tengas que huir durante tres meses ante tus enemigos, los cuales te perseguirán, o que haya tres días de peste en tu país? Ahora, reflexiona y decide qué he de responder al que me ha enviado». David respondió a Gad: «¡Estoy en un gran apuro! ***Pero pongámonos en manos del Señor, cuya misericordia es enorme, y no en manos de los hombres***». El Señor mandó la peste a Israel desde la mañana hasta el plazo fijado. Murieron setenta y siete mil hombres del pueblo desde Dan hasta Berseba. El ángel del Señor extendió su mano

> contra Jerusalén para asolarla. Pero el Señor se arrepintió del castigo y ordenó al ángel que asolaba al pueblo: «¡Basta! Retira ya tu mano». El ángel del Señor se encontraba junto a la era de Arauná, el jebuseo. Al ver al ángel golpeando al pueblo, David suplicó al Señor: «***Soy yo el que ha pecado y el que ha obrado mal. Pero ellos, las ovejas, ¿qué han hecho? Por favor, carga tu mano contra mí y contra la casa de mi padre***». (v 10-1-17)

David había sido inducido al pecado. En el silencio de la noche, siente remordimiento de haber hecho el censo del pueblo; y se dirige al Señor. Confiesa su grave pecado. Pide perdón como siervo. Tiene conciencia de haber actuado como un necio. El necio no edifica sobre la palabra de Dios, sino sobre su deseo. Y la necedad del rey la paga todo el pueblo. El pecado tiene repercusiones sobre los demás. ¡No olvidarlo!

Dios envía a Gad, para dialogar con su siervo. David debe elegir las consecuencias que van afectar al pueblo, del que ha pretendido apropiarse. El rey, con buen criterio, responde (la respuesta coincide en 2Sam y 1Cron) a Gad, para que la comunique al Señor: «¡Me encuentro en un gran apuro! Pero pongámonos en manos del Señor, cuya misericordia es inmensa, y no en manos de los hombres». David nos muestra el camino de la conversión: se pone en manos del Dios rico en misericordia y clemencia. No se encierra en complejos de culpabilidad, se pone en manos de Dios.

A continuación se narra una dimensión muy importante de la conversión de David. Pide a Dios que se apiade del pueblo, que cese la peste, que recaigan las consecuencias del pecado sobre él y los suyos. Y así renace en él la conciencia de ser siervo del pueblo y no señor del mismo. David recupera el sentido de ser realmente el pastor de las ovejas de Dios. La peste cesa y el pueblo vuelve a caminar en paz y libertad bajo la entrega y guía del pastor puesto por Dios al frente de su pueblo, el de Dios.

En esta perspectiva el texto nos invita a dirigir nuestra mirada hacia la realidad que es Cristo. En efecto, el Buen Pastor da su vida, para rescatar las ovejas de la muerte y darles la vida eterna. El nuevo David anunciado por los profetas, lejos de buscar dominar sobre las ovejas, se pone a su servicio. «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos». (Mc 10, 45) El que se apropia de las ovejas es un ladrón, pues se apropia de lo que no es suyo. ¡Estemos vigilantes! Las ovejas son de Dios y todos servidores. Sigamos contemplando.

3.- Dios indica lo que debe hacer David, para salvar de la peste a su pueblo

> Gad se presentó aquel día a David para decirle: «Sube y levanta un altar al Señor en la era de Arauná, el jebuseo». David subió, conforme a la palabra de Gad, como había ordenado el Señor. Arauná se asomó y vio al rey y a sus servidores subir hacía él. Entonces salió y se postró ante el rey, rostro a tierra. Arauná preguntó: «¿Por qué ha venido el rey, mi señor, a ver a su siervo?». El rey contestó: «A comprarte la era, para edificar un altar al Señor y que se detenga la plaga sobre el pueblo». Arauná le dijo: «Que el rey, mi señor, coja y ofrezca lo que le parezca bien. Ahí están los bueyes para el holocausto y los trillos y los arreos de los bueyes para la leña. Arauná da todo esto al rey». Y añadió dirigiéndose al rey: «Que el Señor, tu Dios, te sea propicio». El rey le contestó: «No, quiero comprarlo por su precio. No ofreceré de balde holocaustos al Señor, mi Dios». David compró la era y los bueyes por medio kilo de plata. Construyó allí un altar al Señor y ofreció holocaustos y sacrificios pacíficos. El Señor tuvo compasión del país y cesó la plaga sobre Israel. (vv. 18-25)

Dios no aceptó que David le edificase una casa. Ahora, ante la conversión y arrepentimiento de David, el Señor envía a Gad, para que aleccione al rey y ofrezca sacrificios a fin de liberar al pueblo de la peste que con su deseo de poder había traído al pueblo, al que debía servir y no servirse de él. Y el autor sagrado concluye: «David subió, conforme a la palabra de Gad, como había ordenado el Señor». David construyó un altar al Señor, ofreció sacrificios y cesó la peste. El hombre agrada a Dios en la medida que reconoce su yerro y rectifica de acuerdo con la palabra profética. La última palabra no la tiene el rey, sino el Señor que

habla por medio del profeta. ¡Es muy importante a la hora de vivir la fe! El hombre avanza en la libertad en la dependencia de Dios.

¡Cuánto nos cuesta entender a Dios! La razón es clara. El Señor quiere que avancemos como siervos y nosotros lo hacemos desde la mundanidad del poder y mando. Insisto. El Señor no quiso que David le construyera una casa. Ahora debe construir un altar por mandato divino, a fin de salvar al pueblo de la peste. ¡Es un servicio! En ese mismo lugar, como el libro de las Crónicas apunta, se construirá el futuro templo de Jerusalén. ¡La obediencia es el camino a seguir por los siervos y siervas del Señor! La salvación nos llega por la obediencia del Buen Pastor, Jesucristo.

IV.- ALGUNAS CONCLUSIONES PRÁCTICAS.

Nuestros pecados pueden parecer menudencias comparados con los de David, pero debemos tener muy presente que la raíz o raíces de nuestros pecados son las mismas. El menosprecio de Dios, el utilizar a veces a los demás, el ocultar nuestro pecado, el buscar seguridad en los medios humanos… etc.

Para concluir nuestra contemplación, como lo había anunciado, vuelvo a la oración de David, para sacar algunas conclusiones.

Natán comunicó de parte de Dios a David que que no sería él quien le edificaría una casa. El rey escucha el mensaje divino y va a presentarse ante Dios. Se reconoce su siervo y suplica al Señor que cumpla lo que acaba de prometerle por medio del profeta. Escuchemos relato bíblico.

> Natán trasladó a David estas palabras y la visión. Entonces ***el rey David vino a presentarse ante el Señor*** y dijo: «¿Quién soy yo, ***mi Dueño y Señor***, y quién la casa de mi padre, para que me hayas engrandecido hasta tal punto? Y, por si esto fuera poco a los ojos de mi Dueño y Señor, has hecho también a la casa de tu siervo una promesa para el futuro. ¡Esta es la ley del hombre, ***Dueño mío y Señor mío***! ¿Y qué más podría decirte David? ***Tú conoces a tu siervo, Dueño mío y Señor mío***. Has realizado esta gran proeza por tu palabra y según tu corazón, manifestándosela a tu siervo. Por ello eres grande, ***mi Dueño y Señor***, y no hay nadie como tú ni dios alguno fuera de ti, como hemos escuchado con nuestros oídos. ¿Y quién como tu pueblo, Israel, nación única sobre la tierra, a la que Dios fue a rescatar como pueblo suyo, engrandeciendo su nombre y realizando por vosotros proezas y prodigios en favor de tu tierra, en presencia de tu pueblo, que rescataste de Egipto, de sus gentes y de sus dioses? Constituiste a tu pueblo Israel pueblo tuyo para siempre, y tú, Señor, eres su Dios.
>
> Ahora, pues, Señor Dios, ***confirma la palabra que has pronunciado acerca de tu siervo y de su casa***, y cumple tu promesa. Tu nombre sea ensalzado por siempre de este modo: "El Señor del universo es el Dios de Israel y la casa de tu siervo David permanezca estable en tu presencia". Pues tú, Señor del universo, Dios de Israel, has manifestado a tu siervo: "Yo te construiré una casa". Por eso, tu siervo ha tenido ánimo para dirigirte esta oración. Tú, mi Dueño y Señor, eres Dios, tus palabras son verdad y has prometido a tu siervo este bien. Dígnate, pues, bendecir la casa de tu siervo, para que permanezca para siempre ante ti. Pues tú, ***mi Dueño y Señor***, has hablado, sea bendita la casa de tu siervo para siempre». (2Sam 7, 17-29)

1.- La oración ante el Señor de la historia

La oración de David se desarrolla ante Dios, lo cual implica salir de uno mismo e ir a su encuentro. El rey se presenta ante su Dueño y Señor, como reitera, una y otra vez. Este punto es decisivo, pues implica asumir el designio de Dios, renunciando al propio. El orante se reconoce fruto de la graciosa y maravillosa iniciativa divina. Es una oración marcada por el asombro y la disponibilidad propia del «siervo», del hombre según el corazón de Dios. No es una oración que brote de la indigencia del hombre, sino de la admiración de todo lo que Dios ha hecho por él y, en definitiva, por su pueblo. No es la oración del pedigüeño, sino de la persona agradecida y seducida por el amor y la elección de Dios que se ha fijado en él.

Es verdad que esta oración del siervo, ante su Dueño y Señor, tendrá su plena realización en la oración filial y fraterna, que nos entregó el Hijo enviado en la carne, para liberarnos de la esclavitud del pecado. ¿Brota nuestra oración de la contemplación de lo que el Señor ha hecho por nosotros y su pueblo a lo largo de la historia?

2.- David suplica que Dios cumpla sus promesas.

La oración de David, por otra parte, se apoya en la misma palabra de Dios. Es interesante notarlo. David da gracias por lo que Dios ha hecho y, ante todo, por lo que acaba de prometerle por medio del profeta. Es una súplica basada en la promesa y, por tanto, en la fe. Pide que el Señor cumpla su palabra. De esta forma su oración no puede dejar de agradar a Dios. Fe y humildad son claves en la oración del «siervo». El orante pide más allá de lo que puede imaginar, ya que las promesas divinas superan con creces lo que podemos imaginar y pedir. En esto, como en tantas cosas, somos muy ciegos e insensatos. Pidamos que se cumplan en nosotros sus promesas. La oración de los salmos se mueven en esta lógica profunda.

La palabra dada a David se ha cumplido plenamente en Jesucristo y con una novedad insospechada, para la razón humana. La salvación y la nueva alianza se han consumado en el Hijo enviado en la carne pobre y débil. La Iglesia permanecerá para siempre, pues es el Señor quien la edifica según nos lo ha revelado el David definitivo. Así lo cree la fe apostólica. Escuchemos las palabras de Jesús en respuesta a la confesión de Pedro:

> «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos». Y les mandó a los discípulos que no dijesen a nadie que él era el Mesías. (Mt 16, 17-20)

El cielo y la tierra pasarán, pero el designio del Dios de la alianza, prometido a David ya se ha cumplido y permanece vivo para siempre. Hemos sido salvados en esperanza. Basta que dejemos actuar en nuestras vidas el dinamismo del amor salvador de Dios. Por ello san Pablo escribía a la acosada comunidad de Roma:

> Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; como está escrito: Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor. (Rom 8, 31-39)

La oración del creyente tiene su fundamento en la palabra revelada, dada por Dios. David no pide «algo», sino que se cumpla las promesas que le han sido hechas. De esta forma, la oración auténtica nos pone en una actitud de disponibilidad y humildad, para dejarse hacer por la palabra y la justicia del Dios fiel y misericordioso que ha establecido alianza con la humanidad. La oración pagana busca poner a Dios al servicio de sus necesidades o deseos, tanto personales como sociales. La oración bíblica brota de la palabra dada por el Señor, de su bondad, fidelidad y poder. ¡Nada hay imposible para Dios! Y María se entregó a su poder y gracia. «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra». El orante pide que Dios muestre en el tiempo su fidelidad, justicia y santidad. ¡La realidad es Cristo! ¡Santificado sea tu nombre! ¡Venga tu reino! ¡Hágase tu voluntad!

3.- la oración del pecador arrepentido

La oración del pecador arrepentido es una súplica marcada por la alabanza y la confianza. Así lo recuerda el salmo atribuido a David y que rezamos los viernes en Laudes. El pecador confiesa su pecado y lleno de confianza se dirige a Dios, para que, en su bondad y misericordia, borre su culpa y le infunda un corazón y un espíritu nuevos. El pecador, consciente de que por sí mismo no puede eludir la historia de pecado en que se halla inmerso, pone toda su confianza en su Salvador.

> Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado. Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad en tu presencia. En la sentencia tendrás razón, en el juicio resultarás inocente.

El orante, en el transcurso de la historia, poco a poco va descubriendo lo que realmente agrada a Dios: un corazón contrito y humillado. He aquí el verdadero sacrificio de la verdadera religión.

> Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso… El sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú, oh Dios, tú no lo desprecias. (Sal 51)

4.- Educar para la alabanza y la ofrenda del corazón.

En el mundo y en el seno de nuestras comunidades cristianas, estamos llamados a educar en la oración propia de quien ofrece el sacrificio agradable a Dios. El sacrificio no está tanto en hacer cosas, sino en implorar un corazón quebrantado y humillado. Por ello hemos de educarnos y educar para la alabanza divina, para aprender a gozarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, para que el Señor nos devuelva la alegría de la salvación, para que nos afiance con espíritu generoso en nuestra vocación y misión.